

SEBASTIÁN PATTIN

EN “ESTADO DE CONCILIO”. LA PRENSA CATÓLICA  
ARGENTINA Y EL INICIO DEL CONCILIO VATICANO II  
(1959-1962)

La década de 1960 en Argentina trajo consigo no sólo los dilemas propios de la política local atravesada por la proscripción del peronismo y los golpes de Estado, sino también los desafíos pastorales, teológicos y litúrgicos expuestos por el Concilio Vaticano II (1962-1965). Por un lado, desde 1955, el país atravesaba una fuerte inestabilidad política producto del golpe de Estado contra Juan Domingo Perón y la posterior exclusión del peronismo del sistema electoral dando vida así a una democracia incompleta, débil o tutelada, así llamada por el protagonismo de las Fuerzas Armadas como los últimos garantes del orden. La elección en 1958 del desarrollista Arturo Frondizi y los fuertes condicionamientos que restringieron su gobierno hasta su reemplazo por su vicepresidente José María Guido, quien gobernaría intervenido por los militares hasta 1963, extendieron la incertidumbre institucional. Por otro lado, la Iglesia católica universal inició un camino de conflictos y tensiones o un “terremoto” dirían Di Stefano y Zanatta (2000) desde 1959 con el anuncio de Juan XXIII quien comunicó que convocaría un concilio que se ocuparía de la reforma de la Iglesia, la revisión del Código de Derecho Canónico, la unidad de los cristianos y la apertura al mundo contemporáneo. A través de la bula navideña *Humanae Salutis*, se llamó finalmente en 1961 de manera oficial al Vaticano II que comenzaría a fines de 1962.

La historiografía religiosa en Argentina ha sostenido, basándose en fuentes específicas de los obispos –sean documentos de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA), discursos individuales, homilias, conferencias o exhortaciones, etc.–, que la Iglesia católica no se habría encontrado en un verdadero “estado de concilio” porque la jerarquía habría procurado obstaculizar espacios de deliberación o reflexión en torno al Vaticano II (Di Stefano y Zanatta, 2000, Ghio, 2007, Mallimaci, 2015, Zanatta, 2015, Touris, 2021). Sin embargo, al mismo tiempo, se

ha reconocido que los obispos pusieron una “tapa” sobre una “olla a presión”. Es decir, por un lado, la Iglesia argentina no se encontró en un verdadero “estado de concilio”, pero, por el otro, los obispos tuvieron que obturar o frenar una efervescencia que amenazaba con trastocar el supuesto orden. Si se desplaza la mirada desde la jerarquía hacia la prensa católica, en línea con abordajes centrados en actores que desbordan a los obispos (Zanca, 2006, Lida, 2015, Pattin, 2019), se podría advertir la existencia de matices frente al Vaticano II. En el presente artículo, exploramos la recepción entre 1959 y 1962 de la convocatoria del “Papa bueno” en un conjunto de revistas para dar cuenta de la efervescencia de la opinión pública de la comunidad religiosa que alimentó el ambiente intelectual y cultural de movilización social característica de la década. Al mismo tiempo que entendemos que, ya desde las décadas de 1940 y 1950, se atestigua un campo católico calado por conflictos políticos y debates teológicos, creemos que la expectativa por el Vaticano II abrió la posibilidad de la expresión pública de las ideas y las propuestas. Si entendemos a la Iglesia como un actor complejo que excede a la CEA y al “estado de concilio” como la reflexión y la proyección pública sobre el rumbo de la Iglesia despierta por el anuncio del Vaticano II, bien podríamos sostener que el catolicismo argentino sí se encontró en un “estado de concilio”.

Para comprobar nuestra hipótesis, el artículo ha sido organizado en tres apartados siendo el inicial una suerte de radiografía de la Iglesia argentina hacia 1962 tomando en cuenta la creación de diócesis, la incorporación de una generación de jóvenes obispos y la convivencia de diferentes sensibilidades teológicas dentro de la jerarquía eclesiástica. En el segundo se examina la prensa católica comenzando por las revistas oficiales de la autoridad religiosa y se continúa por las publicaciones del extenso universo de sacerdotes, religiosos y laicos. El tercero cierra el artículo recuperando las hipótesis iniciales a la luz del camino realizado.

### *Iglesia católica argentina: 1962*

Desde fines de siglo XIX y, sobre todo a partir de la década de 1930, la Iglesia católica se convirtió en una institución com-

pleja expresándose así la ascendencia católica en Argentina y de su importancia en el Vaticano. Vale recordar que, en el país, se llevó a cabo el primer Congreso Eucarístico Internacional en América del Sur en 1934 cuando se elevó a Buenos Aires a sede cardenalicia y en 1935 se promovió a Santiago Copello (1880-1967) a cardenal, el primero hispanoamericano. La presencia en el congreso de Isidro Gomá y Tomás, el arzobispo de Toledo, y de Eugenio Pacelli, el secretario de Estado del vaticano y futuro Pío XII, reforzó no sólo la identidad hispana del catolicismo y de la sociedad argentina, un anhelo de diversos nacionalismos españoles y sudamericanos, sino también su estrecha ligazón con la oficina del Vaticano y la llamada romanización (Zanatta, 1996). No obstante ello, los católicos argentinos también tendrían relaciones fluidas y estrechas con catolicismos centroeuropeos de contacto con otras religiones como el protestantismo o el judaísmo en contraposición con Italia y España donde predominaba la noción de un catolicismo de Estado o, cuanto menos, culturalmente hegemónico (Lida, 2015). Los catolicismos belga, alemán o francés promovían una apertura, un diálogo, con el mundo moderno y con otras denominaciones religiosas, es decir, regímenes pluralistas y ello no era ajeno a los católicos argentinos.

Luego de las aletargadas décadas de 1940 y 1950, producto en parte por la competencia que se produjo con el peronismo, la Iglesia ingresó en un período de vertiginoso crecimiento. Las 11 diócesis de los primeros treinta años del siglo pasaron a ser 46 –11 arquidiócesis y 35 diócesis– en el momento de la apertura del Vaticano II. Así tanto las

(...) dimensiones de las diócesis como el número promedio de sus habitantes, hasta entonces desproporcionados dada la escasa presencia de la institución eclesíastica en enormes territorios, habían sido conducidos a niveles razonables. De 1.157.000 en 1934, en efecto, la población media por diócesis bajó a 435.000 en 1961 (Di Stefano y Zanatta, 2000: 419).

Entre 1957 y 1963, se crearon 26 nuevas diócesis al ritmo del acelerado proceso de modernización de la sociedad argentina. La creación de nuevas provincias eclesíásticas respondía, por un lado, al crecimiento demográfico en el Gran Buenos Ai-

res. Ello implicó no sólo una subdivisión de la arquidiócesis al estilo de París o Milán en diversas diócesis sufragáneas como Avellaneda o San Martín, sino que también motivó el lanzamiento de la Gran Misión de Buenos Aires en 1960. La Gran Misión tuvo el objetivo de movilizar varias diócesis a la vez de manera simultánea para renovar la vida cristiana. Así se buscaban niños y niñas sin bautizar, a quienes no habían tomado la primera comunión o a quienes padecían enfermedades. Al mismo tiempo, se realizaban procesiones con la Virgen de Luján y conferencias para hombres, mujeres y jóvenes (Casapicola, 2005). Las nuevas diócesis pretendían cubrir territorios muy extensos –sobre todo en la Patagonia– o “empobrecidos” o, en el argot propio del desarrollismo de época, “subdesarrollados”. Así se comprende el diseño de las nuevas diócesis en distintas provincias como Añatuya, Concordia, Goya, Neuquén, Orán, Rafaela, Río Gallegos, San Francisco y San Rafael. Bien se podría comprender la particularidad de este período por la tensión entre el reconocimiento del terreno perdido alimentado por la vieja militancia integral y el clima de época nutrido por el retorno a una Iglesia misionera y peregrina en las vísperas del Vaticano II.

Como indicó Lida (2015: 233) no faltaron rasgos posconciliares *avant la lettre*. De esta forma, la Iglesia buscaba desarrollar políticas pastorales para acercarse nuevamente a los trabajadores del cordón industrial bonaerense con quienes la relación se había deteriorado por la participación activa de los católicos en el golpe de Estado contra Perón. Así también, considerándose a sí misma como un agente del desarrollo, creaba diócesis en las provincias más pobres del país. Ello no implicaba que la Iglesia católica hubiese resuelto sus problemas administrativos puesto que, a pesar de las nuevas provincias eclesiásticas, contaba con pocas parroquias (1.353) en relación a la cantidad de habitantes por cada una de ellas (14.788). Sin embargo, un protagonista de época sostenía una mirada positiva sobre la creación de las diócesis y el futuro de la Iglesia: «Si como dicen los sociólogos religiosos, hay una correlación directa entre multiplicación de lugares de culto e in-

cremento de la práctica y vida religiosa, podemos mirar con optimismo el futuro de la Iglesia en nuestro país». <sup>1</sup>

La Iglesia estaba organizada en torno a una Conferencia Episcopal, que precisó su conformación justamente en este período, que se reunía una vez al año, con una estructura de gobierno rígida, vertical y jerárquica (Zanatta, 1996). La estructura institucional permitió una amplia discrecionalidad donde el presidente condensó la suma de poder administrativo. Un observador extranjero insinuó que, en la Iglesia argentina de este período, predominaba una suerte de “autocomprensión papista” donde la organización monárquica parecía constituir su estructura “natural” (Tönnies, 1972: 148). La Comisión Permanente, el organismo institucional activo durante los recesos, estaba compuesta exclusivamente por cardenales. Si bien los obispos contaban con un alto grado de autonomía en sus diócesis, sobre todo, en las de reciente creación, los organismos centrales de definición de las políticas pastorales nacionales estaban regidos por una generación que miraba con recelos cualquier intención de cambio o renovación en la Iglesia argentina. A modo de ejemplo, en 1962, la Comisión Permanente estaba integrada por Antonio Caggiano –figura central de la Iglesia en estos años– y diez arzobispos nombrados entre 1927 y 1943 por Pío XI y Pío XII.

La permanencia en el vértice de la Iglesia en vísperas del Vaticano II de un bloque generacional consagrado en la década de 1930, reflejó no sólo la resistencia a nuevos modelos eclesiológicos, sino también la impermeabilidad del elenco burocrático a un recambio generacional (Zanatta, 1999: 13). Más allá de las 46 diócesis y sus respectivos obispos diocesanos, Argentina contaba con 18 obispos titulares sin diócesis reales o que ejercían como coadjutores, es decir, 64 obispos en total. De los 46 obispos residenciales pertenecían: 33 al clero secular y 13 al clero regular (6 a la congregación salesiana, 2 a la orden franciscana, 2 a la congregación de los Misioneros del Verbo Divino, 1 a los pasionistas, 1 a los redentoristas y 1 a los dominicos). De los 18 obispos titulares, 15 eran seculares y 3 regulares (2

---

<sup>1</sup> Donini, Antonio S.J., “Las diócesis argentinas (síntesis histórica y evolución)”, *Estudios*, enero-febrero de 1962, pp. 35-44.

salesianos y 1 capuchino).<sup>2</sup> En síntesis, el clero secular componía el 75% del obispado. Ello también podría contribuir a explicar el horizonte de expectativas despierto por el concilio. Las llamadas usualmente “órdenes religiosas” conservaban canales bien aceitados de intercambio y circulación de miembros, libros, traducciones y un orden de autoridad de relativa independencia.

José Luis de Imaz (1964) reconstruyó sociológicamente la composición del episcopado argentino dando cuenta que la mayoría, designados entre la década de 1930 y de 1940, eran hijos de inmigrantes –generalmente de italianos– y llegaban a la Iglesia con un escaso capital cultural, es decir, su dependencia de la institución era considerablemente elevada. El obispo argentino modelo había nacido entre 1890 y 1910 en un ambiente rural, en el campo o en un pueblo, sin acervo urbano. Asimismo, había estudiado en Roma en el Pontificio Colegio Pío Latino Americano. Al respecto, Néstor Auza (1999: 221) señaló que, la mayoría, se formaba en Derecho Canónico por sobre otras materias como Teología o Filosofía. Los obispos eran nombrados, dado que seguía vigente el patronato, por sugerencia o postulación de la Nunciatura Apostólica en Argentina convirtiendo al nuncio en una figura relevante a la hora de comprender la evolución del elenco religioso local. En este caso, Umberto Mozzoni, nuncio entre 1958 y 1969, sostuvo una línea fuertemente conservadora, lo que no impidió que una joven generación de obispos ocupara diócesis bien relevantes en los años por venir (Di Stefano y Zanatta, 2000: 418-486). Más allá del origen social de los obispos, se acentuaban su edad madura, entre 36 y 64, su conservadurismo y su perfil de administradores en contraposición con otras iglesias nacionales latinoamericanas en las cuales surgían teólogos de referencia. De forma esperable, las jerarquías católicas privilegiaron a la luz de Pío XI un modelo afín a la parroquial, diocesana y monárquica Acción Católica Italiana en lugar del espíritu confederativo que subyacía en la tradición del *Volksverein* alemán o el ejemplo de ramas especializadas al estilo belga (Soneira, 1989). Ello no impidió que, desde la década de 1940 en adelante, conviviera el modelo de Ac-

---

<sup>2</sup> “La composición actual del Episcopado Argentina”, *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina*, 28 de septiembre de 1962, tapa.

ción Católica con espacios *a la belga* como la Juventud de Estudiantes Católicos, Juventud Obrera Católica, la Juventud Universitaria Católica, la Juventud Rural Católica y el Movimiento Rural.

Fortunato Mallimaci (1993: 62-83) realizó un breve examen de los 33 vota, así se denominaron a las respuestas enviadas por parte de los obispos en la llamada fase ante-preparatoria a Domenico Tardini, prefecto de la Santa Congregación de Asuntos Eclesiásticos extraordinarios y secretario de Estado de la Santa Sede entre 1959 y 1960, de cara al Vaticano II demostrando que la mayoría apuntaron a ratificar la estructura piramidal de la Iglesia, la autoridad del obispo y *grosso modo* el núcleo antimodernista de la Iglesia. Al mismo tiempo, la adaptación al idioma local en la misa y los sacramentos, el *aggiornamento* de la vestimenta (*clergyman*) y una mayor –y mejor– formación bíblica de los creyentes también integraron la agenda de los obispos argentinos. Bien se podría recordar que los vota argentinos estuvieron en línea con las expectativas que inicialmente se despertaron en diversas conferencias episcopales, contrarias por cierto al espíritu de Juan XXIII, ya que llamaron a reforzar el *statu quo* donde, además, sugirieron una “mejor definición del papel del obispo”, una “reforma litúrgica” y la “restauración del diaconado” (Fouilloux, 1999: 98-109). En las respuestas a la encuesta romana también exhortaron a condenar los errores de la modernidad dentro y fuera de la Iglesia y a desarrollar una reflexión doctrinal relativa a la Virgen María.

Giuseppe Alberigo (1999: 463-470) señaló que los vota se enmarcarían en un *habitus* propio de la relación con el Vaticano determinada por un tono respetuoso en exceso, una forma tradicionalista y una prudencia notoria. Ello también se debía a que la fase ante-preparatoria venía controlada por “notorios curiales”, un grupo compacto y homogéneo asociado a Tardini y a la curia romana. Lo vota no debieran ser considerados como representativos de la llamada “Iglesia preconiliar” dado que, las respuestas, navegaron entre una encuesta restrictiva – sugiriendo implícitamente la estrechez de las respuestas– y unas réplicas que se conducían respetando *grosso modo* los límites vaticanos. Étienne Fouilloux (1999: 107) sostuvo que el *votum* debería interpretarse entre un conformismo inculcado

pacientemente y una encuesta con un tono difícil de definir. De esta forma, el uso del latín en las respuestas no debería entenderse como parte de una mentalidad tradicionalista de los obispos argentinos, sino como resultado de una exigencia de la comisión ante-preparatoria. No obstante ello, se encuentran votos más osados, recomendaron una revalorización –y hasta una teología– del laicado y, más allá de las advertencias realizadas durante el pontificado de Pío XII, la extensión del uso de la lengua vernácula en la misa.

Según Mallimaci, entre las respuestas argentinas, se destacan los votos de Germiniano Esorto –arzobispo conservador de Bahía Blanca– y de Juan José Iriarte –obispo renovador de Reconquista– quienes estimaron necesario permitir o, en línea de mínima, considerar nuevas experiencias pastorales. Mientras que, en el caso de Esorto, las propuestas aperturistas provinieron de su secretario canciller Norman Pipo, asesor de la Juventud Universitaria Católica, quien incorporó los aportes del grupo parroquial de Todos los Santos y Ánimas de la ciudad de Buenos Aires dirigido por los sacerdotes Alfredo Trusso y Miguel Ramondetti, en el caso de Iriarte, las ideas se nutrieron de trayectoria de un obispo que había estudiado abogacía, pero también en Roma y en París, que promovía la apertura continua y la consulta a especialistas en cuestiones pastorales como podía ser el francés Fernand Boulard, experto en cuestiones rurales. Los votos de Esorto e Iriarte, puestos en diálogo con las 31 respuestas restantes, evidenciaban no sólo el respeto excesivo a la encuesta romana y a Tardini, sino también la poca predisposición del episcopado argentino para complejizar su agenda pastoral y participar del Vaticano II.

Más allá de un panorama que no prometía el protagonismo de los obispos argentinos en Roma, Juan XXIII elevó a la categoría de obispo a Enrique Angelelli en diciembre de 1960, a Alberto Devoto y Vicente Zazpe en junio de 1961 y a Antonio Quarracino en febrero de 1962, obispos que se destacaron por sus iniciativas pastorales, litúrgicas o catequísticas renovadoras. La promoción se constituyó como la condición de posibilidad para que se consolide una corriente minoritaria, pero pujante, de obispos renovadores en el episcopado. Con el tiempo se presenciaría una fractura con la creación del *coetus* argen-

tino (Zanatta, 1999). El equipo de trabajo no constituyó un accidente sino el resultado tanto de un proceso de maduración complejo y profundo como de un clima de efervescencia donde se multiplicaron los contactos, las reuniones y las conferencias, edificando una trama de afinidad de ideas y lealtades personales.

A partir de mediados de 1962, se nucleó, en torno a la figura de Alberto Pascual Devoto y Alfredo Trusso un equipo de trabajo acusados en el futuro próximo de actuar como una conferencia episcopal paralela. Allí, colaboraron una serie de jóvenes obispos como Vicente Zazpe, Antonio Aguirre, Horacio Ponce de León, Manuel Marengo y peritos como Osvaldo Catena, Jorge Mejía, Carmelo Giaquinta y Rodolfo Nolasco, pero con el correr de los meses, se sumaron Eduardo Pironio, Manuel Tato, Jorge Kemmerer, Antonio Quarracino y el uruguayo Luis Baccino. La mayoría de ellos conformaron una joven generación de obispos y sacerdotes que encontró en el Vaticano II un acontecimiento para rediseñar la Iglesia, pero también su relación con la modernidad. El *coetus* configuró el resultado de un grupo minoritario de obispos que, sensibles a la renovación y con resistencias entre sus pares, desarrollaron canales alternativos para participar activamente del evento conciliar. Así también organizaron durante el transcurso del Vaticano II una serie de reuniones en la casa San Miguel de los hermanos maristas, por ello también se los conocía como grupo San Miguel, para discutir el devenir de las sesiones en Roma y para proponer por ejemplo la recuperación de los conceptos de Iglesia local y *communio ecclesiarum*. Mientras que, la mayoría de los obispos, continuó en su matriz conservadora refugiada en una sorda resistencia, este grupo, aunque representase una pequeña parte del episcopado argentino, sintonizó con el espíritu del *aggiornamento* y *ressourcement*.

Si bien respetuosos de la estructura jerárquica de la Iglesia, el *coetus* desarrolló propuestas para reformar las estructuras organizativas de la Iglesia argentina atendiendo el principio de colegialidad, la restauración del diaconado, el derecho a elegir las autoridades eclesiásticas y comisiones episcopales, la reforma litúrgica, el retorno al espíritu de la Iglesia primitiva y al pueblo de Dios. En definitiva, estas iniciativas contribuyeron de

modo decisivo a consolidar la identidad institucional del *coetus* y su alianza con las corrientes y redes asociadas a la mayoría conciliar, pero también las tensiones en el seno del obispado. No obstante ello, existió una diversidad de sensibilidades dentro del *coetus* donde se podía encontrar una tendencia representada por Devoto voluntarista, radicalmente profética y jacobina y, la otra, encarnada en Zazpe de corte más pragmática, reformista y atenta a no provocar daños irreparables en el tejido de la Iglesia (Zanatta, 1999). Mientras que existieron quienes asumieron posiciones radicales abiertamente antijerárquicas y compromisos políticos concretos, otros adoptaron posiciones evolucionistas y consideraron al Vaticano II como condición de posibilidad del *aggiornamento* de la Iglesia.

Independientemente de la efervescencia del *coetus*, mientras partía para Roma, Caggiano, único miembro latinoamericano de la Comisión Preparatoria del Vaticano II, lamentó las especulaciones, “ligeras” e “irresponsables”, sobre posibles cambios de la Iglesia, en sí una “verdad inmutable”.<sup>3</sup> Asimismo, agregó, que sería “garante de la tradición” y de los papados de Pío XI y Pío XII, por ello, “reformas de la Iglesia, no; reformas en la Iglesia, sí”.<sup>4</sup> Caggiano también limitaba en su declaración los gestos interpretativos que *in potentia* encontraban en el Vaticano II una instancia para modificar la Iglesia atentando contra su propia oficina. Entre 1959 y 1962 se puede atestiguar no sólo el crecimiento de las diócesis, sino también, y como consecuencia de ello, la incorporación de obispos jóvenes que tensionarían los consensos dentro de la CEA. Entre el silencio inicial propio de la sorpresa y de la incertidumbre animados por la convocatoria y la aceleración a partir de las expectativas avivadas por el comienzo del Vaticano II, la Iglesia argentina se vio inmersa en lo que podríamos llamar “efervescencia preconiliar”.<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> “Mensaje de despedida del arzobispo de Buenos Aires cardenal Antonio Caggiano”, *Criterio*, 25 de Octubre de 1962, p. 776.

<sup>4</sup> “Refiérese al Concilio el cardenal Caggiano”, *La Nación*, 17 de Septiembre de 1962, p. 1. Consultar asimismo “La Palabra del Cardenal Caggiano”, *La Razón*, 19 de Septiembre de 1962, p. 2.

<sup>5</sup> Recientemente se ha propuesto (Touris, 2021) para el periodo el concepto de “malestar preconiliar”, pero consideramos que dicha noción extiende la incomodidad de parte de la jerarquía a la totalidad del catolicismo obturando así una exploración de la prensa católica menos cargada de apriorismos.

## *La prensa católica y el inicio del Vaticano II*

En la presente sección, se recorre la prensa católica argentina que ha sido dividida en distintos grupos con el propósito de ordenar el complejo campo periodístico. Creemos que, en su conjunto, son representativas de la diversidad de actores y sensibilidades presentes en el catolicismo argentino. En principio, se inicia con las publicaciones oficiales y se sigue por una revista paradigmática del tradicionalismo católico. Seguidamente se indagan las revistas que proyectaron un concilio eminentemente pastoral, se continúa por las jesuitas y se cierra con las pertenecientes a la Acción Católica.

### a) Los medios oficiales

¿Cómo comunicaban las jerarquías el Vaticano II por venir? El *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires*, una diócesis de fuerte centralidad en la Iglesia argentina, sostuvo de la mano de Caggiano una línea sobria que comprendía el Vaticano II bajo la división entre la luz de Occidente y las tinieblas de Oriente.<sup>6</sup> Al mismo tiempo, sería una renovación de la vida interior y la expansión del catolicismo en el mundo.<sup>7</sup> Solo por tomar otro ejemplo, en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Tucumán*, diócesis comandada por Juan Carlos Aramburu, una referencia ineludible en la segunda mitad de la década de 1960, se encuentra una oración donde se referían al Vaticano II como un “nuevo Pentecostés”.<sup>8</sup> Sin detalles sobre el contenido del acontecimiento, que ya venía tomando una forma propia, se repitió el pedido de orar por la convocatoria Juan XXIII a fines de 1961 y al comienzo del Vaticano II en octubre de 1962.<sup>9</sup> El

---

<sup>6</sup> “Ante el Concilio Ecuménico Vaticano II, XXI de la Iglesia Católica”, *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires*, octubre de 1962, p. 1

<sup>7</sup> “Colaboración General para el Éxito del Concilio Vaticano II”, *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires*, noviembre de 1962, p. 1.

<sup>8</sup> “Oración al Espíritu Santo por el Concilio Ecuménico”, *Boletín Oficial del Arzobispado de Tucumán*, julio-agosto de 1960, pp. 6-7.

<sup>9</sup> “Oración por el Concilio Ecuménico”, *Boletín Oficial del Arzobispado de Tucumán*, noviembre-diciembre, 1961, p. 6 y “Auto pastoral disponiendo preces

mismo estilo era transversal a los boletines de las diferentes diócesis independientemente de la sensibilidad del obispo ya que, vale recordar, no tenían el objetivo de brindar un espacio de reflexión intelectual, sino más bien informar algunos sucesos administrativos locales y difundir la voz de la jerarquía.

El silencio de algunos y la prudencia de otros parecerían coincidir con el recuerdo de Alberigo (2005: 19-23) quien sostuvo que ni *L'Osservatore Romano* ni *La Civiltà Cattolica*, las grandes publicaciones católicas de Italia y que en parte marcaban la agenda de los medios católicos mundiales, se pronunciaron positiva o negativamente sobre el anuncio papal. En la edición en lengua castellana de *L'Osservatore Romano* de Argentina tradujeron exhortaciones de Juan XXIII que definían el Vaticano II como un nuevo pentecostés,<sup>10</sup> la nueva venida del Espíritu Santo, pero también reprodujeron discursos que definían y limitaban las expectativas en tanto la Iglesia docente sería la protagonista del encuentro.<sup>11</sup> En otras palabras, el orden de autoridad del Vaticano II seguiría el modelo de la Iglesia tradicional. Durante el desarrollo del acontecimiento conciliar, *L'Osservatore Romano* ofreció información cotidiana centrada en cuestiones formales como la preparación técnica y logística (la presencia de la Radio Vaticana, la transmisión por TV), pero también en los participantes y en las deliberaciones, sin entrar en detalles sobre las discusiones internas.

En 1959, el *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina (Boletín de la AICA)*, que dependía de la Comisión de Documentación y Publicidad y luego pasaría a formar parte del Secretariado General del episcopado, informaba que Juan XXIII había convocado un concilio ecuménico. Es necesario recordar que el boletín era leído, en su mayor parte, por editores católicos y no llegaba a los sacerdotes o a los laicos de forma directa. En el *Boletín de la AICA* bien se tenía en claro que el Papa no continuaría el Concilio Vaticano I y que, en principio, ortodoxos

---

especiales con motivo del próximo Concilio Ecuménico Vaticano II”, *Boletín Oficial del Arzobispado de Tucumán*, septiembre-octubre de 1962, pp. 4-5.

<sup>10</sup> “Llamado del Papa Juan XXIII a la oración por el Concilio Ecuménico”, *L'Osservatore Romano*, 13 de mayo de 1959, tapa.

<sup>11</sup> “Significado del Concilio Ecuménico”, *L'Osservatore Romano*, 11 de junio de 1959, p. 4-5.

y protestantes serían invitados como observadores.<sup>12</sup> De allí se derivaba que se hable de Concilio Ecuménico Vaticano II. En el boletín oficial del obispado convivieron noticias esporádicas y eminentemente informativas sobre el concilio por venir con referencias sobre el Congreso Eucarístico que se llevó a cabo en la provincia de Córdoba, las actividades del comunismo argentino, los homenajes al cardenal Santiago Copello quien partía a Roma en el medio de la consolidación del liderazgo de Caggiano y la creación de una Comisión Asesora para normalizar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, cuestión que se solucionaría recién en 1966 a través de un concordato con la Santa Sede. En líneas generales, el boletín se encargaba de informar novedades internacionales y nacionales, en este período, la Gran Misión ocupó gran parte de sus páginas con cronograma de actividades y exhortando a que la prensa católica difundiera esta actividad.

A partir de 1961, el *Boletín de la AICA* informaría de una manera sobria y austera sobre los esquemas propuestos por la Comisión Preparatoria y, desde 1962, compartirían las líneas general de los mismos a través de una sección titulada “Noticias del Concilio Ecuménico Vaticano II”.<sup>13</sup> Ello colaboró con que, el *Boletín de la AICA*, promoviera una imagen de la Iglesia católica en un verdadero, pero particular “estado de concilio”. A modo de ejemplo, se compartía que las iglesias repiquetearían las campanas en adhesión al concilio por venir.<sup>14</sup> Así se reproducía una lógica a través de la cual los medios católicos podían informar e informarse con crónicas muy detalladas de las últimas novedades en el camino de preparación del concilio, pero no se anunciaban espacios de participación, expresión o reflexión compartida. En ese sentido, Caggiano se despedía de la grey dejando en claro que el concilio no propiciaría reformas *de*

---

<sup>12</sup> “Fecha del próximo Concilio Ecuménico”, *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina*, 27 de febrero de 1959, p. 7.

<sup>13</sup> A modo de ejemplo, consultar “Los obispos y los dicasterios de la Curia Romana”, *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina*, 9 de marzo de 1962, pp. 8-10.

<sup>14</sup> “Jubiloso repique de campanas en adhesión al Concilio”, *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina*, 21 de septiembre de 1962, tapa.

la Iglesia, pero sí reformas eventuales *en* la Iglesia.<sup>15</sup> En el boletín se ponía en valor la figura del arzobispo de Buenos Aires que, más allá de navegar un período que preanunciaba disputas en torno a la interpretación del Vaticano II, mediaba las disputas militares en torno al destino del gobierno civil. La caída de Arturo Frondizi a fines de marzo de 1962, luego de 26 planteos militares, había dado lugar al ascenso del vicepresidente José María Guido rodeado de un elenco cívico-militar. Las tensiones facciosas en las Fuerzas Armadas, entre quienes querían integrar al peronismo sin Perón y quienes sostenían la proscripción absoluta, llegaron a una etapa de enfrentamiento armado en septiembre provocando que Caggiano, quien se encontraba en Río de Janeiro con destino a Roma, volviera para colaborar con la restitución de la paz. La centralidad del arzobispo parecía una deriva lógica del objetivo del boletín.

Por último, la *Revista Eclesiástica Argentina*, que desde 1948 dependía de la CEA, solía publicar documentos de las jerarquías locales y vaticanas, pero también daba lugar a artículos de reflexión teológica o filosófica que marcaban o buscaban marcar una suerte de línea teológica oficial. Bajo esta tesitura, no parece casualidad que se publicara, luego del anuncio de la convocatoria del Vaticano II, un artículo de Rodolfo Nolasco, prefecto de disciplina en el Seminario Mayor de Buenos Aires, titulado “La unidad jerárquica de la Iglesia”.<sup>16</sup> Allí se argumentaba en favor de la estructura de autoridad más tradicional de la Iglesia católica y, el cisma protestante, se comprendía justamente como un quiebre de ese cuerpo místico. Bajo el mismo espíritu, publicaron una carta pastoral de Émile-Maurice Guerry, arzobispo de Cambrai, quien detallaba que el Vaticano II buscaba responder a nuevas necesidades “respetando plenamente la constitución divina de la Iglesia referente a la autori-

---

<sup>15</sup> “Saludo de despedida de su Eminencia, el Cardenal Doctor Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires y primado de la República Argentina, con motivo de su viaje a Roma para asistir al Concilio Ecuménico Vaticano II”, *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina*, 21 septiembre de 1962, pp. 8-12.

<sup>16</sup> Nolasco, Rodolfo, “La unidad jerárquica de la Iglesia”, *Revista Eclesiástica Argentina*, septiembre-octubre de 1959, pp. 496-515.

dad del Papa y de los obispos”.<sup>17</sup> Así como sucediera con el *Boletín de la AICA*, en este período en la *Revista Eclesiástica Argentina* rescataban la figura de Caggiano en un doble sentido, por un lado, en un papel secular como mediador de conflictos mundanos sean laborales o militares<sup>18</sup> y, por el otro, como representante de la Iglesia argentina en el Vaticano II.<sup>19</sup> En el mismo sentido, publicaron la carta pastoral sobre el Vaticano II de Plaza, arzobispo de La Plata, donde, más allá de expresar la esperada complacencia por el concilio por venir, se recordaba la frase de San Ignacio de Antioquía: “Nada sin el obispo”.<sup>20</sup> Queda claro que, los experimentados obispos que conducían la CEA, tenían la costumbre de administrar la comunicación y los espacios de reflexión de forma tal que, ante una coyuntura como el anuncio del Vaticano II, buscaron reforzar dichos mecanismos. No obstante ello, el mismo gesto daba a entender que existía un campo en una –aunque sea sutil– ebullición. La necesidad de reforzar la jerarquía suponía un desafío o, por lo menos, una serie de desafíos que, si bien no nacieron con el anuncio del Vaticano II, sí tomaron estado público impregnando el discurso católico en el ágora, lo que se abordará a continuación.

#### b) El silencio del tradicionalismo católico

Entre 1959 y 1962, *Verbo*, la revista del núcleo argentino de Ciudad Católica, encarnó el tradicionalismo católico. En términos generales, la revista fundada de manera concomitante al grupo de laicos se ocupaba de la doctrina católica y la formación de cuadros católicos, una suerte de elite tradicionalista lis-

---

<sup>17</sup> Guerry, Emile, “El Concilio y el pueblo cristiano”, *Revista Eclesiástica Argentina*, enero-febrero de 1962, pp. 64-87. En el número siguiente se encuentra el artículo del cardenal Antonio Bacci sosteniendo una línea similar. Bacci, Antonio, El Latín del Concilio, *Revista Eclesiástica Argentina*, marzo-abril de 1962, pp. 142-145.

<sup>18</sup> “La mediación del Emmo. Señor Cardenal Antonio Caggiano en el conflicto ferroviario”, *Revista Eclesiástica Argentina*, enero-febrero de 1962, pp. 30-38.

<sup>19</sup> Saludo de despedida al viajar a Roma, *Revista Eclesiástica Argentina*, noviembre-diciembre de 1962, pp. 425-430.

<sup>20</sup> Carta Pastoral sobre el Concilio, *Revista Eclesiástica Argentina*, noviembre-diciembre de 1962, pp. 435-438.

ta para desde el Estado catolizar a la sociedad. En línea con el catolicismo antimodernista, Scirica (2010: 41-42) señaló que en *Verbo* se objetaba una cadena de errores como la masonería, el racionalismo, el laicismo, el liberalismo, el socialismo y el comunismo. Un breve repaso por sus páginas constataría que, en este período, se encuentra una sola –y muy breve– nota apreciando el Vaticano II como un “soplo vivificador del Espíritu Santo”. El concilio se dedicaría así a “contemplar celosamente” diversas expresiones de la actividad humana y realizar un nuevo llamado a los “alejados” –“herejes” y “cismático” que debían volver al catolicismo– para reverdecer a la Iglesia. El Vaticano II sería entonces una afirmación o una propuesta para que la humanidad reconozca individualmente y en sus instituciones los “Derechos de Dios y su Iglesia”.<sup>21</sup> La expectativa de los colaboradores de la revista, en sintonía por cierto con varios obispos argentinos y de otros países, se posó en la reconfirmación de los clásicos anatemas católicos.

c) A por un concilio pastoral

A contracorriente de la línea editorial de los medios oficiales, *Criterio* afirmó muy rápidamente su contribución, “desde su modesto lugar de periódico sudamericano”, para que la conciencia de la Iglesia, así sea en una mínima proporción, se oriente y se ilumine a partir de esta “estupenda oportunidad”.<sup>22</sup> *Criterio* se había constituido en las décadas previas como un espacio de circulación e intercambio intelectual donde se había reflexionado sobre los aportes del evolucionismo de Teilhard de Chardin, las experiencias de los curas obreros franceses y de la *Nouvelle Théologie* (Zanca, 2006, Lida y Fabris, 2019, Pattin, 2019). En la revista se reconoció que el Vaticano II se dirigía al mundo y a los “hombres de todos los países y de todas las clases, los fieles de todas las religiones, los partidarios de todos los sistemas, las víctimas de todas las injusticias”. En el mismo espíritu, un asiduo colaborador de esta “usina teológica vanguardista”, Carmelo Giaquinta interpretaba que el Vaticano II se conformaba como una oportunidad para reformar la Iglesia

---

<sup>21</sup> “Concilio Vaticano Ecuménico II”, *Verbo*, mayo-diciembre de 1962, pp. 3-4.

<sup>22</sup> “El Concilio Ecuménico”, *Criterio*, 13 de Agosto de 1959, p. 563.

de una manera integral –ya no bastaban las reformas parciales– llegando a preguntarse inclusive:

¿Qué puede significar el derecho consagrado por la antigüedad cuando una estructura concreta estorba la marcha de la Iglesia hacia esos rumbos nuevos, o impide el ingreso en ella de los pueblos o retarda la reunión de los cristianos?<sup>23</sup>

Rápidamente, la adaptación de la liturgia, el diálogo interreligioso y el *aggiornamento* catequístico se conformaron como la agenda de esta suerte de vanguardia que entendía el propósito pastoral del Vaticano II, adaptarse al mundo contemporáneo (Pattin, 2019). Las expectativas que se anudaban en *Criterio* se expresaron en el número extraordinario de navidad de 1962 titulado “La Renovación de la Iglesia a la luz del Concilio Vaticano II”. Allí contaron con la colaboración de importantes teólogos renovadores internacionales como Marie-Dominique Chenu, Gregory Baum, Charles Moeller y Jacques Leclercq. Así también como gesto bien disruptivo participó el teólogo metodista José Míguez Bonino, quien se desempeñó como observador delegado en el Vaticano II. *Criterio* se abrió y proponía una reflexión teológica, política, social y cultural que dialogaba con el mundo moderno y con la ciencia, que proponía una guía moral para una humanidad que buscaba una nueva espiritualidad y que se reencontraba con otras religiones, ideas más amplias, ambiciosas y decididamente desafiantes.

Inclusive, entre 1962 y 1963, *Criterio* publicó una encuesta que, si bien no se extendió en el tiempo, exhibió las expectativas que generaba el Vaticano II. Las preguntas eran las siguientes: 1. ¿Qué problemas desearía Vd. ver tratados en el Concilio? 2. El Concilio se presenta como un “Concilio de adaptación” a una época cambiada. ¿Qué aspectos de la Iglesia cree Vd. que se pueden adaptar? 3. Concretamente: ¿Cree Vd. que el Concilio debería ocuparse de la posición del laico en la Iglesia? ¿En qué sentido? 4. ¿Le parece que el Concilio debe contribuir a la unión de los cristianos? 5. ¿Cómo cree Vd. que el Concilio debe enfocar los problemas del mundo contemporáneo? Entre los

---

<sup>23</sup> Giaquinta, Carmelo, “Vaticano: para una reforma en la Iglesia”, *Criterio*, 14 de junio de 1962, p. 415.

encuestados se encontraban Pedro Frías –miembro de la Acción Católica Argentina y del Partido Demócrata Cristiano–, Federico Peltzer –juez nacional y escritor–, Alfredo Di Pace –gremialista del Movimiento Sindical Cristiano–, José Mirabella –quien se presentó como un simple militante católico de la diócesis de San Martín–, Claudio Caveri –reconocido arquitecto católico– y César y Alicia García Belsunce –miembros ambos del Movimiento Familiar Cristiano–. El gesto periodístico contuvo una concepción religiosa o, mejor dicho eclesiológica, de revalorización del lugar del laico y del ejercicio de la autoridad más dialógica y horizontal. En *Criterio* se buscaba crear una opinión pública dentro de la Iglesia católica, acercar el Vaticano II al feligrés y abrir un espacio de participación.

El mismo ánimo se puede encontrar en la *Revista Litúrgica Argentina*, fundada por el abad Andrés Azcárate de los benedictinos, que desde 1935 tenía el objetivo de dar a conocer la liturgia como un parte fundamental de las ciencias sagradas destacando particularmente la importancia de las misas que contaban con la participación activa de los fieles. En este período, la publicación trimestral, que luego sería sugestivamente reemplazada por la revista *Liturgia* del Secretariado Nacional de la CEA, editó números dedicados de forma sugestiva a las liturgias orientales y a los protestantes. Así, en la orden benedictina, no tenían en claro el contenido del Vaticano II, pero sí que sería ecuménico.

Estamos ya a las puertas de un Concilio Ecuménico, y de un Concilio que presenta unas perspectivas de universalidad y de importancia quizás nunca igualadas. No sabemos exactamente las cosas que han de ventilarse en él; pero lo que está fuera de duda es que tiene una primordial y fundamental finalidad unionista, aunque no pueda llegarse de hecho a la unión de todos.<sup>24</sup>

Así también invitaron a Elías Andraos, exarca patriarcal de la Capellanía de Orientales, quien se ocupaba de los fieles que seguían el rito melquita en Argentina a pronunciar unas palabras sobre los estudios en torno a las iglesias orientales publi-

---

<sup>24</sup> Solla, Santiago, “Las Iglesias Orientales y Roma”, *Revista Litúrgica Argentina*, enero-marzo de 1962, p. 7.

cados en la revista. En un somero comentario, sostenía que Oriente y Occidente, hermanados, debían tender puentes para conocerse y reconocer los elementos comunes.<sup>25</sup> El mismo sentido, invitaron a Basilio Korol, secretario de monseñor Andrés Sapelak, obispo de Sebastopol y visitador apostólico de los ucranianos en Argentina, quien indicó que la Iglesia no ahogaba, “en los pueblos conquistados para la fe, sus costumbres y sus modalidades propias, al incorporarlos al redil de Cristo”.<sup>26</sup> Lejos de las miradas que reivindicaban con exclusividad el rito latino, en la revista se ponía en valor la diversidad cultural dentro y fuera del catolicismo que enriquecía el culto sacramental y en definitiva acercaba nuevamente a los creyentes a la religión. Así el interés que despertó en los benedictinos parecía ser netamente pastoral y litúrgico. Los números siguientes ya en 1963 se dedicarían al culto protestante resaltando las perspectivas para una unión.

*Cruz del Sur*, la revista de la obra salesiana, exhibió desde 1953 una serie de intereses bastante más amplios que los benedictinos ya que abarcaron desde la Gran Misión, la carrera espacial y la ciencia en general hasta breves reflexiones sobre cine, radio y televisión. En ese sentido, dirigida por el salesiano Pedro Giacomini, se presentó como una revista mensual de interés general con un discurso accesible, tuvo un papel decididamente pedagógico y representó un diálogo con el mundo moderno. El Vaticano II apareció progresivamente como una cuestión sobre la cual reflexionar dando lugar así a una sección especial llamada “Preparando el Concilio Ecuménico” donde presentarían algunas características básicas de los protestantes y ortodoxos. En el pasado, no habían sido optimistas respecto de una unión religiosa, pero la convocatoria del Vaticano II abrió la posibilidad de proyectar la confluencia con los “hermanos separados” aunque para ello sea necesario llegar hasta el extremo de cambiar la religión. La razón es porque, más fide-

---

<sup>25</sup> Andraos, Elías, “Editorial”, *Revista Litúrgica Argentina*, abril-junio de 1962, p. 101.

<sup>26</sup> Korol, Basilio, “Presentación”, *Revista Litúrgica Argentina*, julio-diciembre de 1962, p. 269.

lidad que a mi creencia, debo a la verdad”.<sup>27</sup> Igualmente el propio autor atenuó su afirmación valorando que las autoridades debían ocuparse de conducir el diálogo que, además, sería un proceso lento y gradual. Para los salesianos, el Vaticano II se caracterizaría por su espíritu ecuménico aunque se estuviese permitido el estudio y la discusión de cuestiones doctrinales y disciplinares. En las páginas de *Cruz del Sur* el concilio se presentó como una oportunidad para expresar “anhelos” y “posibilidades” tales como una mejor inserción de los sacerdotes y religiosos en los mundos universitarios y laborales, mayor diálogo con los centros de estudios eclesiásticos y también de la cultura profana, una revisión del *Index librorum prohibitorum* y una supresión de los privilegios de los católicos. El Vaticano II se proyectó como una instancia para rearticular la relación de la Iglesia con el mundo moderno, es decir, una posibilidad pastoral.

d) Los jesuitas entre el equilibrio y la encíclica *Mater et Magistra*

Si bien en *Estudios*, la revista de la Universidad del Salvador, entendieron el valor del Vaticano II en tanto rápidamente señalaron que tenía el objetivo de reflexionar en torno a la unidad de los cristianos, la restitución del diaconado y subdiaconado, adaptar la liturgia y revisar las “formas y métodos” anticuados de la Iglesia,<sup>28</sup> dedicó gran parte de sus páginas a la Gran Misión de Buenos Aires, a los límites del diálogo cristiano-marxista y a la encíclica *Mater et Magistra*, presentada así como la nueva suma del catolicismo social. Así compartieron la definición de las jerarquías como un nuevo Pentecostés o, en sus propios términos, una nueva “esperanza”, un significante bien indeterminado y vacío sobre el acontecimiento por venir. Ello no implicaba grandes cambios en las estructuras de la Iglesia. De hecho:

---

<sup>27</sup> Núñez, David, “Hacia la unión de las iglesias”, *Cruz del Sur*, marzo de 1961, p. 56.

<sup>28</sup> “¿Pontificado de transición?”, *Estudios*, enero-febrero de 1960, pp. 38-39.

La imagen de una Iglesia católica, gobernada autocráticamente por una autoridad desconectada de las aspiraciones de la comunidad, es la ilusión óptica del hombre que la contempla *desde afuera*, sin la fe y el amor cristiano que la vive *desde adentro*.<sup>29</sup>

Así también sostuvieron que quienes deliberarían en las asambleas serían los obispos, pero en representación de todo el pueblo de Dios. En ellos resonarían las voces, las aspiraciones y las opiniones de los fieles. En *Estudios* no esperaron del Vaticano II un “corte dramático” o una “ruptura”, sino un equilibrio entre la inmutable “herencia sagrada” y los “contornos cambiantes” de la humanidad. Es decir, una renovación equilibrada. La precaución general de los jesuitas convivía igualmente con artículos que se animaban a esbozar expectativas más amplias. Carmelo Giaquinta, colaborador de *Criterio*, se colaba en las páginas de *Estudios* para proponer un “actitud cristiana” frente al Vaticano II. Allí sostenía que el pueblo de Dios debía ser “gestor” del Vaticano II porque si bien era cierto que sólo los “Padres”, es decir, los obispos, deliberaban, la Iglesia en su conjunto se reunía en el concilio. No ansiaba un “violento reformismo” ni un “tenaz conservadorismo”.<sup>30</sup>

Por otro lado, la *Revista del Centro de Investigación y Acción Social*, de la Compañía de Jesús se ocupó en este período de publicar estudios bien sociológicos sobre la realidad religiosa continental y, para 1962, *Mater et Magistra*, divulgada a fines de 1961, ocupó la atención de los jesuitas, probablemente por ofrecer una serie de contenidos más concretos que el todavía difuso acontecimiento conciliar. En rigor de verdad, todos los números de este período fueron dedicados a diferentes aspectos de la encíclica: “Sindicalismo en la *Mater et Magistra*” (Ramón Dorrego, octubre de 1962) y “La empresa en la *Mater et Magistra*” (Alberto Sily, noviembre de 1962). Incluso publicaron una versión comentada de la encíclica,<sup>31</sup> que estresaba la importancia de las reformas económicas, editada al celebrarse el 70º aniversario de *Rerum Novarum* (1891) de León XIII –la primera

---

<sup>29</sup> “El Concilio Ecuménico: una esperanza”, *Estudios*, junio de 1962, p. 246. Destacado en el original.

<sup>30</sup> “Actitud Cristiana ante el Concilio”, *Estudios*, junio de 1962, pp. 257-262.

<sup>31</sup> *Encíclica Mater et Magistra. Prólogo y comentarios del Centro de Investigación y Acción Social*. Buenos Aires, Ediciones CIAS, 1962.

encíclica que se pronunció sobre la cuestión social– y conmemorando los 30 años de *Quadragesimo Anno* (1931) de Pío XI, que orientaba el restablecimiento del orden social a partir del concepto de subsidiaridad, y condenaba el capitalismo desenfrenado, el socialismo y el comunismo autoritario. La encíclica procuraba *aggiornar* las enseñanzas sociales, introducía el concepto de desarrollo económico, sugería la participación de los trabajadores en las empresas y proponía la revitalización del mundo agrario. Ello no pasó desapercibido para el Partido Demócrata Cristiano que, en lo sucesivo, presentó profusos proyectos inspirados en las propuestas de Juan XXIII (Ferrari y Suárez, 2021, Ferrari y Pattin, 2022). *Mater et Magistra* permitió que diversas sensibilidades católicas se comprometieran políticamente, cuestionaran la propiedad privada, promovieran la socialización entendida como la multiplicación de las relaciones de convivencia y reconocieran las diferencias entre el marxismo, los gobiernos comunistas y los militantes políticos (Mayol, Habegger y Armada 1970: 136). Mientras que los jesuitas argentinos encontraron en la encíclica una suma que permitía abordar la realidad argentina y latinoamericana a partir de sugerencias concretas sobre la economía, el Vaticano II se presentó como una instancia todavía demasiado difusa para poder proyectar grandes cambios dentro de la Iglesia y que, además, sería llevado a cabo por los obispos.

#### e) Las revistas de la Acción Católica

La Acción Católica Argentina (ACA) venía atravesando en los últimos años una crisis por el descenso y envejecimiento de la masa societal (Acha, 2010). Más allá de la impronta inicial, que se asocia a la Acción Católica Italiana de rasgos más parroquiales y diocesanos, la ACA adquirió también características del modelo belga que venía a proponer apostolados especializados como las juventudes obreras, universitarias, rurales. Ello no impidió que la irrupción del peronismo coadyudara a que las organizaciones católicas llegaran a un momento de quiebre o agotamiento en su dinamismo y su avance en la sociedad dando lugar a un modelo más bien celular (Acha, 2011: 30). Si bien el anuncio del Vaticano II no repercutió en las páginas del *Bole-*

*tín de la Acción Católica Argentina*, para 1962 se sostenía que la ACA se encontraba en un “estado de concilio” y presta a dar una respuesta pronta, activa y generosa. El interés por el Vaticano II se derivaba del deber de colaborar con el apostolado jerárquico, de la posibilidad de renovar a la Iglesia y de la discusión sobre el propio laicado. Sin embargo:

No es que se vaya a subvertir el orden divino de la Iglesia, y dar a los laicos funciones que Jesucristo ha reservado al Clero, pero es evidente que esta activa y abierta presencia de los laicos como colaboradores o participantes en el apostolado jerárquico ha creado un clima nuevo, nuevas posibilidades y nuevas responsabilidades, que el Concilio podrá examinar y precisar.<sup>32</sup>

De forma independiente a la forma excesivamente diplomática y respetuosa del orden de autoridad, se esperaban definiciones respecto del renovado protagonismo que debían adquirir los laicos, sin por ello proponer una agenda o una interpretación propia sobre el acontecimiento por venir. El laicado podía participar a través de sugerencias o consejos con “perfecta sumisión” a la jerarquía. El presidente de la Junta Central, el médico Manuel N. J. Bello sostenía que el aspecto esencial del Vaticano II sería la renovación espiritual.<sup>33</sup> En el mismo sentido, no resulta casual que el *Boletín* le diera espacio al nuncio Mozzoni quien reproduciría la misma forma de comprender el concilio por venir y la participación del laicado.<sup>34</sup> No se emprendió una tarea de difusión pedagógica sobre el Vaticano II para colaborar con las Juntas Diocesanas y Parroquiales, sino que se aportó una mirada más espiritual promoviendo novenas, oraciones y mortificaciones. En la interpretación dominante de la Junta Central, bien ilustrada por su presidente, el propósito del Vaticano II sería teológica, sobrenatural, por sobre cualquier consideración sociológica, natural o temporal.

---

<sup>32</sup> “La ACA en «estado de Concilio»”, *Boletín de la Acción Católica Argentina*, marzo de 1962, pp. 22-23.

<sup>33</sup> Bello, Manuel N. J., El inminente Concilio, *Boletín de la Acción Católica Argentina*, septiembre de 1962, p. 197.

<sup>34</sup> Mozzoni, Umberto, “El Concilio Ecueménico: preparación del laicado”, *Boletín de la Acción Católica Argentina*, agosto de 1962, pp. 163-166.

En *Concordia*, la revista de la Asociación Hombres de Acción Católica, pareciera que el Vaticano II no despertó grandes expectativas, más allá de reproducir la oración oficial, ya que se centraron en conquistar y reconquistar socios en paralelo a explicar la importancia de la Gran Misión de Buenos Aires. La razón explícita y a veces tácita era que el comunismo continuaba siendo la otredad a combatir. Ello no impidió que, en el Plan de Estudios de 1961, una sección pedagógica, se implicara el concilio. Resulta bien interesante que el colaborador se sorprendía del “sumo interés que en todos los ambientes se presta al anunciado Concilio Ecuménico Vaticano II”. Además notaba que, independientemente del sensacionalismo de la prensa secular, el primer objetivo sería interno, una renovación interior, no la unión con las Iglesias disidentes.<sup>35</sup> En la revista llegaron a reconocer la importancia del Vaticano II sin por ello apartarse de una lectura más bien jerárquica.

A contracorriente del abordaje propuesto por el *Boletín y Concordia*, la revista *Anhelos* de la Asociación de Mujeres de la Acción Católica rápidamente daba lugar al Vaticano II, pero no solamente desde una mirada pedagógica explicando la historia, organización y posibles alcances a través de una serie de columnas tituladas “Pequeña Historia de los Concilios”, sino también como un acto espiritual en el mundo bridando una “luz de paz y de esperanza”.<sup>36</sup> En *Anhelos* se podía constatar un interés marcado por la unidad de los cristianos con diferentes artículos destacándose la pluma de Agustín Bea, el presidente del Secretariado Conciliar para la Unidad de los Cristianos. Al mismo tiempo se preocupaba por la asistencia de los obispos detrás de las “cortinas de hierro o de bambú” y por el rol de las mujeres laicas frente al Vaticano II. En ese sentido, la presidenta de la AMAC, Nelly Marini se preguntaba:

¿Cómo transmito el mensaje evangélico? ¿Con el mismo lenguaje de antes o tengo en cuenta los cambios de “forma de vida”? ¿Trato de amol-

---

<sup>35</sup> “Plan de Estudios 1961. Bajo el signo del Concilio Ecuménico”, *Concordia*, marzo de 1961, pp. 7-9 y “Plan de Estudios 1961. Bajo el signo del Concilio Ecuménico”, *Concordia*, abril de 1961, pp. 7-9.

<sup>36</sup> “Una gran esperanza: el Concilio del siglo XX”, *Anhelos*, mayo-junio de 1959, pp. 10-11.

dar mi criterio? ¿Tomo una actitud de apertura y comprensión hacia las almas que tal vez no se acerquen a Dios porque no ha variado el “estilo” de mi vivir apostólico?

Más adelante agregaba nuevas preguntas:

¿Me doy cuenta de que el mundo de hoy necesita como un “shock vitamínico” de espiritualidad? ¿En *qué* está centrada *mi* espiritualidad? ¿La encuentro vaga y amorfa? ¿Se apoya en actos de piedad *solamente*? ¿Mi vida de *unión con Dios* me lleva a estar cada vez más insertada en la vida temporal? ¿He llegado a comprender que solamente santificándola, habrán de salvarse los hombres? ¿Y *no a pesar* de esas realidad, sino –precisamente– *a través* de ellas?<sup>37</sup>

En pleno Vaticano II, *Anhelos* cambió su título a *Diálogo*, todo un signo de época, pero no resolvió la tensión entre una renovada pretensión de protagonismo femenina y una pesada tradición que vinculaba a las mujeres con una religiosidad doméstica, emocional y complementaria a la masculina. En este período, las mujeres abandonarían con *corsi e recorsi* el ideal de domesticidad católico, la juventud exploraría otras formas de compromiso con la realidad dejando atrás la parroquia y los hombres participarían políticamente a través de los partidos demócratacristianos.

*A modo de cierre*

Gracias a los trabajos de la historiografía religiosa centrados en la jerarquía eclesiástica se ha podido conocer el complejo impacto o, mejor dicho, la compleja recepción del Vaticano II en las autoridades institucionales. A partir de mediados de la década de 1950, la Iglesia católica argentina creció aceleradamente ya que se crearon nuevas diócesis, se sumaron nuevos obispos y se inició la institucionalización o formalización de la conferencia episcopal. La existencia del *coetus* y las tensiones generacionales se entrecruzaron con fidelidades políticas y sensibilidades teológicas. En el artículo hemos desplazado la mirada hacia un conjunto de revistas que, siendo representati-

---

<sup>37</sup> Marini, Nelly, “La presidenta nos dice”, *Anhelos*, septiembre-octubre de 1962, pp. 6-7.

vas de diferentes actores y sensibilidades presentes en el catolicismo argentino, nos han permitido reconocer no sólo una “efervescencia preconiliar”, sino también distintos matices frente a la convocatoria conciliar. En ese sentido, entendemos a la Iglesia como un actor complejo y frondoso que excede a los obispos o a su representante institucional como la CEA y, por ende, el “estado de concilio” se ha podido buscar en la prensa católica, que ha ofrecido una interesante reflexión y proyección pública sobre el rumbo de la comunidad religiosa. Mientras que, los medios de comunicación impresos de las jerarquías, acentuaron que el Vaticano II como un “nuevo Pentecostés” –un significante difuso de cara a la discusión sobre el presente y el futuro de la Iglesia– sería llevado a cabo por los obispos y los tradicionalistas aguardaron en silencio, publicaciones como *Criterio*, *Revista Litúrgica Argentina* y *Cruz del Sur* ofrecieron un panorama bien diverso como la proyección de un concilio pastoral que permita renovar a la Iglesia y la relación con el mundo secular. Las revistas jesuitas demostraron que, este período, no se agotó en las expectativas del Vaticano II, sino que la Gran Misión y la encíclica *Mater et Magistra* brindaron oportunidades y contenidos más concretos para mediar la articulación entre el catolicismo y la humanidad. *Boletín de la Acción Católica*, *Concordia* y *Anhelos* de la ACA exhibieron la complejidad de la asociación de laicos que, influenciada por el modelo italiano y el belga, se veía atravesada por conflictos *ad intra* por mayores grados de autonomía y por diferentes fidelidades políticas. En tanto que el *Boletín* y *Concordia* seguían una línea más cercana a los obispos, *Anhelos* exhibió mayores cuotas de autonomía y compromiso con el Vaticano II. En definitiva, la prensa católica, una expresión de la opinión pública de la comunidad religiosa, habría demostrado en esta brevísima, pero intensa ventana temporal una efervescencia que habría prefigurado la crisis católica tras Vaticano II. En relación a ello, el recorrido por diferentes revistas nos brindó un indicio sobre las preocupaciones y sobre todo expectativas de renovación de diferentes actores que venían de universos intelectual previos al concilio.

## *Bibliografía*

- Acha Omar, 2010, "Tendencias de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)", *Travesía*, n. 12, pp. 7-42.
- Alberigo Giuseppe, 1999, "El anuncio del concilio. De la seguridad del baluarte a la fascinación de la búsqueda", en Alberigo, Giuseppe (dir.), *Historia del Concilio Vaticano II. El catolicismo hacia una nueva era. El anuncio y la preparación (enero 1959-septiembre 1962)*, Salamanca: Peeters-Sígueme, pp. 17-61.
- Alberigo Giuseppe, 2005, *Breve historia del Concilio Vaticano II (1959-1965)*, Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Auza Néstor, 1999, *La Iglesia argentina*, Buenos Aires: Ciudad Argentina.
- Casapiccola, Dario, 2005, "Buenos Aires, 1960: Una Misión olvidada". *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario*. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-006/308>
- De Imaz José Luis, 1964, *Los que mandan*, Buenos Aires: Eudeba.
- Di Stefano Roberto y Zanatta Loris, 2000, *Historia de la Iglesia Argentina: desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Ferrari Marcela y Suárez Fernando, 2021, "En busca del progresismo anhelado. Algunos debates y propuestas de la centroizquierda argentina (c. 1987-1991)", *Storia e Política*, XIII, pp. 5-30.
- Ferrari Marcela y Pattin Sebastián, 2023, "Para una revolución cristiana. El joven diputado provincial Carlos Auyero (1963-1966)", *Revista Cultura y Religión*, v. XVI, en prensa.
- Fouilloux Étienne, 1999, "La fase antepreparatoria (1959-1960). El lento camino para salir de la inercia", Alberigo, Giuseppe (dir.), *Historia del Concilio Vaticano II. El catolicismo hacia una nueva era. El anuncio y la preparación (enero 1959-septiembre 1962)*, Salamanca: Peeters-Sígueme, pp. 98-109.
- Ghio José María, 2007, *La iglesia católica en la política argentina*, Buenos Aires: Prometeo.
- Linda Miranda, 2015, *Historia del catolicismo en Argentina*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Linda Miranda y Fabris, Mariano (coord.), 2019, *La revista Criterio y el siglo XX argentino. Religión, cultura y política*. Rosario: Prohistoria.
- Mallimaci Fortunato, 1993, "La continua crítica a la modernidad: análisis de los vota de los obispos argentinos al Concilio Vaticano II", *Sociedad y Religión*, v. 10-11, pp. 62-83.

- Mallimaci Fortunato, 2015, *El mito de la Argentina laica*, Buenos Aires: Biblos.
- Mayol Alejandro, Habegger, Norberto y Armada, Arturo, 1970, *Los católicos posconciliares en la Argentina, 1963-1969*, Buenos Aires: Galerna.
- Pattin Sebastián, 2019, *Entre Pedro y el pueblo de Dios. Las concepciones de autoridad en el catolicismo argentino (1962-1976)*, Rosario: Prohistoria.
- Scirica Elena, 2010, “Visión religiosa y acción política. El caso de Ciudad Católica–Verbo en la Argentina de los años sesenta”, en *PROHAL MONOGRÁFICO, Revista del Programa de Historia de América Latina*, v. 2, n. 2, pp. 26-56.
- Soneira Abelardo, 1989, *Las estrategias institucionales de la Iglesia Católica (1880-1976) (I)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Touris Claudia, 2021, *La constelación tercermundista: catolicismo y cultura política en la Argentina (1955-1976)*, Buenos Aires: Biblos.
- Tönnies Evers, Tilman, 1972, *Militärregierung in Argentinien. Das politische System der “Argentinischen Revolution”*, Institut für Auswärtige Politik-Institut für Iberoamerika-Kunde, Frankfurt: Metzner Verlag.
- Zanatta Loris, 1996, *Del Estado liberal a la Nación católica*, Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Zanatta Loris, 1999, “Il „mal di Concilio“ della Chiesa argentina. Radiografia di un Episcopato al Vaticano II. Prima sessione e intersessione (Ottobre 1962-Settembre 1963)”, Fattori, Maria Teresa y Melloni, Alberto, *Experience, Organisations and Bodies at Vatican II*, Lovaina: Bibliotheek Van De Faculteit Goggeleerdheid.
- Zanatta Loris, 2015, *La larga agonía de la Nación Católica. Iglesia y dictadura en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Zanca José, 2006, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires: FCE.

*Abstract*

EN “ESTADO DE CONCILIO”. LA PRENSA CATÓLICA ARGENTINA Y EL INICIO DEL CONCILIO VATICANO II (1959-1962)

IN “STATE OF COUNCIL”. THE ARGENTINE CATHOLIC PRESS AND THE BEGINNING OF THE SECOND VATICAN COUNCIL (1959-1962)

*Keywords:* Catholic Church, Catholic press, Argentine Catholicism, Second Vatican Council II

At the end of the 1950s, John XXIII announced that he would convene a council that, finally under the name of the Second Ecumenical Vatican Council, began in 1962. The Argentine Catholic Church began a path of conflicts and tensions or an “earthquake” since Vatican II would not only deal with the revision of the Code of Canon Law, Christian unity and openness to the contemporary world, but it could also allow the projecting of a reform of the Church. Religious historiography in Argentina has paid particular attention to how the hierarchy rearranged itself in the pre-conciliar stage, arguing that it would have tried to hinder spaces for deliberation or reflection on Vatican II. In this article, the gaze is shifted towards the Catholic press through which the existence of projections, ideas and expectations regarding a possible renewal of the Church could be noticed.

SEBASTIÁN PATTIN  
INHUS-CONICET-UNMdP  
sebapattin@gmail.com  
ORCID: 0000-0002-1953-1384

EISSN 2037-0520